

JOAQUÍN LARRAÍN GANDARILLAS (1822-1897)

Joaquín Larraín Gandarillas (1882-1897): a main figure

MARCIANO BARRIOS VALDÉS*

Resumen

Joaquín Larraín Gandarillas fue un educador destacado del siglo XIX; consideró que todo profesional es primordialmente un hombre y, como tal, debe ser formado integralmente. Por lo cual diseñó un sistema educativo que incluía la formación de la voluntad del intelecto y del sentimiento. Durante el nivel primario se establecería el fundamento similar en todos los grupos sociales y en el nivel secundario se podrían sentar las bases para elegir la profesión. Esta se lograría en el nivel de la educación superior y debería ofrecer oportunidades a quienes eligieran su profesión en un área económica, técnica, científica y humanística. Como sacerdote y ciudadano de una nación católica presupuestaba la formación moral y religiosa.

Abstract

Joaquín Larraín Gandarillas was a 19th century educator. He believed that every professional had to be integrally formed because of her/his human condition. Therefore, he designed an educational system that had included both intellectual will and feelings formation. While elementary school was similar to all social groups, high school prepared students to choose professions within economic, scientific, technical, and humanistic areas. As a priest and citizen of a catholic nation, Joaquín Gandarillas assumed both moral and religious formation.

* Doctor en Filosofía con mención en Historia. Profesor de la Universidad Santo Tomás.

1. Figura de proa

Pocos sacerdotes influyeron tanto en la educación chilena durante el siglo pasado como quien fuera el rector del Seminario Conciliar, Vicario del Arzobispado y Fundador y Rector de la Universidad Católica de Chile. Fue un educador notable que se caracterizó por defender las humanidades clásicas, por su convicción acerca de la necesidad de formar hábitos con el fin de fortalecer la voluntad de sus dirigidos, por su ineludible decisión de mantener la libertad de enseñanza y por su amplitud de criterio que le inclinó a propiciar una educación integral.

Nació en Santiago el 13 de octubre de 1822. Cursó sus estudios secundarios en el Seminario Conciliar de Santiago y en 1844 se graduó de bachiller en teología y licenciado en leyes en la Universidad de Chile. Desde joven se sintió llamado al sacerdocio. Ya en 1843 había fundado *La Revista Católica* junto a Rafael Valentín Valdivieso, arzobispo de Santiago, e Hipólito Salas, quien fuera obispo de Concepción años más tarde. En 1847 se ordenó de sacerdote. Estando en los Estados Unidos de Norteamérica, fue nombrado rector del Seminario y recibió el encargo de estudiar los planes y programas de estudio de los seminarios de Europa. En cumplimiento de esta misión, visitó los de Bélgica, Italia, España, Francia y Alemania con el fin de analizarlos y tratar de mejorar la enseñanza en el de Santiago a su regreso.

En 1857, siendo ya rector, le tocó trasladar el establecimiento a los nuevos edificios construidos en las afueras de la ciudad. En reconocimiento de sus labores educacionales el Gobierno de Chile le nombró miembro de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile en 1863. Desde 1878 hasta 1887 dirigió la arquidiócesis de Santiago en calidad de Vicario capitular. Un año después de dejar este cargo integró la comisión para estudiar y preparar la fundación de la Universidad Católica de Chile, de la cual fue su primer rector.

2. Ideario pedagógico

2.1. Formación de la voluntad

El historiador Crescente Errázuriz presenta a su maestro Joaquín Larraín Gandarillas como el orden y el método personificados.

“Obedecían sus actos a una regla e inútilmente se buscaría en él hoy algo diferente de lo de ayer. Presidía la razón en cada una de las acciones de su vida, y, conociéndolo, se adivinaba lo que en tal hora, en tal circunstancia, haría y cómo se gobernaría”¹.

Hombre sensible, había logrado dominar sus impulsos para colocar sus energías al servicio del deber y al bien de las instituciones que integraba o dirigía. Tenía experiencia personal del valor que significaba una buena formación de la voluntad y deseaba compartirla con quienes convivían con él. Consideraba de la mayor importancia la educación de la voluntad.

No han faltado autores que reconocieron, ya en su tiempo y en años posteriores, la firme defensa que hiciera el insigne educador Joaquín Larraín Gandarillas de la enseñanza del latín como instrumento de una formación humana. Al tratar de comprender un idioma ya muerto, el estudiante debe empeñarse en penetrar en el mundo del otro. Debe ser capaz de superar el egocentrismo que muchas veces nubla la capacidad de comprensión y enturbia la relaciones humanas en la convivencia diaria. Convivencia que permitía la formación integral del hombre, fase previa para lograr un profesional del área humanista, científica o técnica.

Asimismo, consideraba que el esfuerzo exigido por su aprendizaje era lo que el sacerdote apreciaba. Porque comprendía que el sello de un hombre culto es el anhelo de perfección que pone en lo que realiza. Sabía que no hay cultura donde están ausentes el estudio

¹ Crescente Errázuriz, *Algo de lo que he visto*, p. 43.

y la perseverancia. La tarea puede ser modesta y humilde, pero en el trabajo de efectuarla se manifiesta la sensibilidad, la voluntad y la altura intelectual de una persona.

De esta convicción surgía su insistencia en la puntualidad, en la limpieza y en el orden que exigiera desde que se hizo cargo de la dirección del Seminario. No dejó nada al margen de un reglamento para acostumbrar a los niños y jóvenes a la disciplina. Estaba convencido de que el sometimiento por imperativo del deber es el mejor método para una buena formación de hábitos de estudio. Sabía que el silencio exterior facilita la concentración del espíritu en la obra que se inicia y que debe ser acabada en todos sus detalles

A su vez, comprendía que la autoestima y un positivo incentivo son la mejor palanca para mover y sostener la voluntad cuando se ha tomado una decisión acertada. En su sistema pedagógico los premios al esfuerzo perseverante y al esmero por el logro de perfección ocuparon un lugar destacado. Por eso, como recordaba quien fuera su discípulo y recibiera el influjo del sistema pedagógico que impusiera en el Seminario, todo lo reglamentaba para que la débil y frágil voluntad de los alumnos encontrara un apoyo y se fortaleciera. Sabía que los niños desean y aspiran siempre a ser grandes y hombres. El extendía el brazo para ayudarles en esta difícil labor de crecimiento y realización plena del ser humano. Sabía también que el educador forma más por el ejemplo que por sus palabras. Nunca exigía algo que él mismo no se exigiera.

Desde que se hizo cargo de la dirección del Seminario no dejó nada al margen de un reglamento para acostumbrar a los niños y jóvenes a la disciplina. Consideraba que el sometimiento por imperativo del deber es el mejor método para una buena formación de hábitos de estudio. Sabía que el silencio exterior facilita la concentración del espíritu en la obra que se inicia y que debe ser acabada en todos sus detalles.

A su vez, comprendía que la autoestima y un positivo incentivo es la mejor palanca para mover y sostener la voluntad cuando se ha tomado una decisión acertada. De ahí que en su sistema pedagógico los premios al esfuerzo perseverante y al esmero por el logro de perfección ocuparon un lugar destacado. Por eso, como recordaba quien fuera su discípulo y recibiera el influjo del sistema pedagógico que

impusiera en el Seminario, todo lo reglamentaba para que la débil y frágil voluntad de los alumnos encontrara un apoyo y se fortaleciera. Para ser comprendido era claro, preciso y fundamentado en las instrucciones que daba a sus subordinados.

Daba la impresión de cierta frialdad y estiramiento, pero quienes lo conocieron en forma más íntima sabían y testimoniaron su delicada sensibilidad, opacada por su sometimiento al deber. Sus esfuerzos por el exacto cumplimiento de las obligaciones se traducían en el respeto y simpatía de una obra minuciosamente terminada por él o por los demás. En la consecución de estas actitudes hacía consistir el fin y objetivo primordial de su labor educacional.

2.2. Formación del intelecto

En el informe que entregara a la Universidad en 1865 y que firmara junto con Diego Barros Arana en relación al estudio del latín, afirmaba algo que sigue vigente en nuestra educación actual y que las sucesivas reformas no han logrado superar:

“Los hábitos de estudio han echado en Chile muy pocas raíces, de tal manera que los jóvenes que concurren a los establecimientos de educación buscan en la mayor parte de los casos un medio para salvar los requisitos exigidos por la Universidad para la concesión de grados, y no de un camino que los lleve a adquirir conocimientos sólidos”².

En este párrafo, destacado por el escritor Eduardo Solar Correa, el rector del Seminario señalaba un mal de ayer y de hoy: buscar los frutos de la ciencia y no el saber mismo. El discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades, leído en las sesiones del 29 de abril y del 6 de mayo de 1863, es digno de recordarse para que la nueva reforma educacional aprenda de quienes marcaron rumbos en el más antiguo establecimiento de Chile: el Seminario Conciliar, del cual fue rector durante más de veinte años Joaquín Larraín

² Cf. Eduardo Solar Correa, *La muerte de humanismo en Chile*, p. 25.

Gandarillas. En los primeros párrafos establece los fundamentos y objetivos de lo que constituye la esencia del proceso educativo. En el resto del discurso analiza lo que debe ser la educación del intelecto.

Y, además se centra principalmente en la educación de los grupos dirigentes del país, pues no hay que olvidar que tenía a su cargo la formación de los futuros sacerdotes. Sin embargo, es tal la amplitud y profundidad de su reflexión que se adelanta a su tiempo en su análisis, como cuando señala que

“En la cultura de la mente se mira la instrucción como el único blanco a que deben dirigirse todos los esfuerzos, casi siempre es lenta, nociva o deficiente. La inteligencia se halla adormecida, no se ha excitado y cultivado la atención, la masa vital de las operaciones mentales; el niño, el joven no ha aprendido a percibir bien, a juzgar con rectitud, a raciocinar con acierto. Los maestros y los alumnos pierden entonces su tiempo en casi inútiles afanes; corren los años, y apenas han dado los jóvenes unos pocos e inciertos pasos en la carrera del saber. ¿Por qué? Porque no se les había enseñado a aprender”³.

El aprender a aprender lo tenía muy claro sin haber leído a Dewey. Lo había aprendido en el diario bregar del magisterio. Pero en un accionar, como él lo requería, concentrado para lograr finiquitar la obra que se le encomendaba con minuciosa exactitud. Así ejemplarizaba lo que exponía en sus teorías. La educación del intelecto cojeaba sin el fortalecimiento de la voluntad, sin la ascética que impone un esfuerzo perseverante. Por eso consideraba que

“las Humanidades son la gimnástica intelectual, a que, durante seis u ocho años, se sujeta a las tiernas inteligencias de los jóvenes para pulirlas, trabajarlas, hacerlas ágiles, vigorosas y capaces de recibir y conquistar los preciosos tesoros de la ciencias”⁴. El autor cita numerosos autores que convergen en las mismas ideas, a saber: *“Lo mismo que el cuerpo, el alma sólo se robustece con el trabajo, y para el*

³ Joaquín Larraín Gandarillas, *Anales de la Universidad de Chile*, vol. XXII (1863), p. 620.

⁴ *Ibíd.*, p. 621.

de la inteligencia se requieren dificultades que la obliguen a desplegar una paciente y generosa actividad”⁵.

Y no hay mejor ejercicio para un joven que captar la sabiduría de los clásicos mediante una traducción que exige concentración y perseverancia. Porque la educación no consiste en llenar de nociones no digeridas la cabeza de los niños y jóvenes, sino en capacitar para descubrir por sí mismos los tesoros que se esconden en la naturaleza y en las creaciones culturales.

Solar Correa captó muy bien lo que aconsejara Larraín Gandarillas en su discurso. Para quienes contaban con tres tipos de escuelas, primaria, secundaria y superior, era conveniente señalarles la necesidad de reemplazar estos conceptos por los de una enseñanza popular, otra humanística y una enseñanza técnica para comprender que en cada una de ellas existen los tres niveles de primario, secundario y superior. Es notoria la insistencia en que la educación no consiste en una instrucción copiosa como se creía en su tiempo, sino en la capacidad de aprender, para lo cual solamente faltaba la utilización de adecuados instrumentos que facilitaran el proceso.

Uno de ellos, el recomendado por Joaquín Larraín Gandarillas, era el estudio de las Humanidades. Ellas apuntan a la formación del hombre, cimiento de cualquier otro aprendizaje si éste ha de redundar en bien de la sociedad y del individuo. Las Humanidades no apuntan al provecho inmediato, menos aún al simple beneficio económico, sino que se limitan a formar hombres, fin primordial de toda educación. Por lo cual todos los ciudadanos debían participar de sus beneficios. Con los hombres formados se podría lograr una mejor cooperación entre los que recibían la enseñanza popular y quienes lograban la enseñanza técnica. Pues ésta que se daba y se sigue entregando en los institutos profesionales, dado que desde Napoleón las universidades se convirtieron en un conjunto de tales, exige como requisito previo contar con hombres bien formados.

⁵ *Ibíd.*, p. 623.

2.3. *Formación moral y religiosa*

No podía faltar la orientación del ilustre educador y celoso pastor acerca de la formación moral y religiosa. Su pensamiento al respecto lo desenvuelve en un libro de quinientas páginas, donde se palpan la amplia erudición del autor, la preocupación por estar al día de los ensayos que se realizaban en los países europeos y las variadas sugerencias para poner en prácticas concretas lo que consideraba conveniente. En esta obra y en los debates en que le tocó participar como integrante de la Universidad de Chile demostró que no era de aquellos que resisten cualquier innovación. Su preparación pedagógica, fruto de sus estudios y de sus experiencias, le permitió dejar huellas profundas en la formación de la juventud. Bastaría recordar las asociaciones que nacieron en el Seminario, tanto en el plano literario y artístico, como en lo social y religioso. Su acierto en la celebración del Mes de María en noviembre es un signo de su espíritu reflexivo y práctico, en la forma con que se celebraba se proyectó su fina sensibilidad y comprensión del espíritu juvenil.

En la memoria que presentó ante el Consejo Universitario en 1873 estampó su pensamiento acerca de la libertad de enseñanza como palanca para impulsar la renovación pedagógica en su tiempo. Su presentación es una demostración palpable de su versación en las ideas pedagógicas vigentes. En la dirección del Seminario puso en práctica sus ideas y dejó tras sí generaciones de hombres públicos y ejemplares sacerdotes que contribuyeron al progreso del país, al prestigio del clero y bien de la Iglesia a fines del siglo pasado y comienzos del presente.

2.4. *Formación integral*

Si bien su misión educadora estaba primordialmente dirigida a los futuros sacerdotes, sus responsabilidades y su compromiso con el Estado le impusieron ampliar su atención a todos los sectores sociales de la nación. Si insistía en el fortalecimiento de la voluntad, en la formación del intelecto y en la entrega de valores éticos y religio-

sos, nunca dejó de preocuparse del perfeccionamiento de las habilidades manuales.

Al propiciar una educación primaria, secundaria y superior en el campo técnico no se hallaba muy alejado de las corrientes pedagógicas de su tiempo. Su criterio realista lo acercaba a lo expuesto por Juan Bautista Alberdi en una de sus obras pedagógicas. Esta en sus Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, publicada en Valparaíso, afirmaba:

“Contraer la educación de la juventud sudamericana a formarla en la producción intelectual es como educarla en la industria fabril en general: un error completo de dirección, porque Sud-América no necesita ni está en la edad de competir con la industria fabril europea...”

“Un simple cuero, un saco de lana, un barril de sebo, servirá mejor a la civilización de Sud-América que el mejor de sus poemas o su mejor novela o sus mejores inventos científicos. Con el valor de un cuero se compra un sombrero o toda la obra de Adam Smith; con un libro de Sud-América no se paga un almuerzo en Europa”⁶.

Joaquín Larraín Gandarillas coincidía con estas posiciones, siempre que se abriera la posibilidad para que toda persona con capacidad para seguir estudios superiores, ya fuere en el campo humanista, científico o técnico, pudiera realizarlos. En su tiempo, los jóvenes pobres de las zonas rurales debían aprender un oficio manual para ganarse la vida honradamente, descubrir sus capacidades y tener oportunidades económicas para superar su pobreza y ampliar los márgenes de libertad, tal como lo habían programado algunos educadores desde la Colonia.

Inducirlos a seguir carreras liberales sin la preparación o capacitación era crear eruditos que no sabrían ganarse la vida con su trabajo. Esta actitud no obedecía a un criterio, propio de un aristócrata, sino a un sentido de la realidad. Al establecer la sección San

⁶ Cf. Osvaldo Cazanga Moncada, *Notas para un curso de Historia de la Educación pública chilena*, p. 71.

Pedro Damiano en el Seminario con el fin de formar curas párrocos rurales, exigió elevar el nivel de los estudios de niños campesinos que llegaban con una preparación desmedrada ante quienes habían tenido estudios preparatorios sistemáticos. Por lo cual, antes de ingresar a los estudios superiores exigidos a los sacerdotes, se formaban en una sección aparte para igualar su formación intelectual. Así muchos de ellos ocuparon cargos directivos posteriormente en la Iglesia chilena.

Su ideario pedagógico aspiraba a que todo profesional, en cualquier área, contara con estudios superiores; por eso defendía que las especialidades técnicas, las humanistas y las científicas pasaran por los tres niveles: primario, secundario y universitario. En el nivel primario debía formarse al hombre integral, desarrollando su físico. Por algo, apenas se hizo cargo del Seminario amplió sus edificios y lo sacó de la ciudad para contar con campos recreativos, con parques, con bibliotecas, con salones de actos y, por supuesto, con capillas que permitieran solemnizar el culto litúrgico.

Impulsó y animó numerosas actividades artísticas y literarias para superar la aridez de los estudios filosóficos y despertar el gusto estético de los seminaristas. Contribuyó al enriquecimiento de las bibliotecas con la adquisición de libros que permitieran un estudio más fundamentado y para estar al día en los avances de las investigaciones, aumentó las adquisiciones de revistas y periódicos de diversa ideología e índole.

Estableció los consejos de profesores. En ellos se dictaban conferencias o se leían trozos de alguna obra sobre educación, como algunos volúmenes *De la Educación*, de Dupanloup; *Las doce virtudes de un buen maestro*, de San Juan Bautista de La Salle, o el *Manual de pedagogía*, de Overbeck.

Su defensa de la libertad de enseñanza se concretó en 1888 con la fundación de la Universidad Católica de Chile, de la cual fue su primer rector y benefactor. En ella continuó la tarea pedagógica que había desarrollado en el Seminario Conciliar.

3. Recordando su legado

El Seminario de Santiago, durante su rectorado se convirtió en el centro educacional particular más importante de Chile. Fue un digno competidor por la excelencia de su enseñanza, solamente comparable con la que impartía el Instituto Nacional.

Quien conozca y analice su obra y la pléyade de hombres ilustrados que egresaron de sus aulas, tanto en el campo eclesiástico como en el seglar, no dejará de concordar con el juicio que estampara en sus escritos don Eduardo Solar Correa. Su juicio ahorra mayores comentarios y constituye una invitación a estudiar la institución que dirigiera la excepcional figura de Joaquín Larraín Gandarillas:

“A medida que uno se interna por los meandros de nuestra intelectualidad del siglo pasado va encontrando que ninguna figura, a excepción de Bello, se destaca con tan alto y noble relieve como este de don Joaquín Larraín Gandarillas, patricio de la sangre y del talento, al cual hasta ayer –debemos confesarlo– ignorábamos casi en absoluto. Es el único tal vez en quien descubrimos una verdadera visión del porvenir, un sentido exacto de la realidad chilena, y en suma, una inteligencia superior, eminentemente europea. Sus conceptos sobre enseñanza, a veces con las mismas palabras, los encontramos hoy expresados por los primeros pensadores del continente que mejor saben pensar. La sola presencia de este hombre entre nosotros sería el mejor testimonio de las excelencias del Humanismo”⁷.

4. Su contribución a la educación chilena

El sacerdote Joaquín Larraín Gandarillas fue un humanista y un educador, pero nunca dejó de considerar otros aspectos de la persona humana. El mismo edificio que dirigía, con sus claustros, sus jardi-

⁷ Eduardo Solar Correa, *op. cit.*, pp. 39-40.

nes, las avenidas de encinas, la biblioteca, el salón de honor y la hermosa capilla que lo coronaba, por la distinción y la elegancia impresionaba a todo aquel que atravesaba sus puertas de entrada. Era la primera invitación a compartir la alegría de contemplar la belleza de la obras de arte que adornaban sus salones. Allí se podían ver cuadros originales de Monvoisin, muebles finos, porcelanas de Sajonia y de Sévres, con miniaturas en bronce y otras creaciones estéticas que formaban el gusto y despertaban el aprecio por el arte en sus más variadas expresiones.

La música tenía un lugar de privilegio en las fiestas de Seminario, tanto en las festividades profanas de esparcimiento como en las celebraciones devocionales y litúrgicas. Pues las declamaciones poéticas eran tan frecuentes como las representaciones teatrales, puesto que el sacerdote y el dirigente de la sociedad debía dominar el arte de la comunicación.

Además, Joaquín Larraín Gandarillas incentivó la participación en actividades extraprogramáticas que se desarrollaban en las academias filosóficas y literarias y en las congregaciones piadosas que realizaban un apostolado social entre los pobres de la ciudad.

Y como era necesario estar atento a los signos de los tiempos y marchar con las exigencias científicas, contrató a insignes científicos de su tiempo para dictar las clases de ciencias naturales y exactas que incluyó en los planes y programas de la educación secundaria. Entre otros educadores contó con la colaboración de Ignacio Domeyko, quien legó su gabinete al Seminario. Así respondía a los desafíos del Positivismo de su época sin abandonar los valores de la tradición cristiana.